

UNAMUNO

VIDA Y PERSONALIDAD

Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao en 1864. Entre sus recuerdos de infancia destacan los de la guerra carlista. Estudió Filosofía y Letras en Madrid y, tras varios fracasos, ganó en 1891 la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca, de la que sería elegido rector en 1901. Fueron frecuentes sus viajes y andanzas por España, pero residió en Salamanca sin más paréntesis que el destierro de 1924 a 1930, en Fuerteventura y en Francia, como consecuencia de su oposición a la dictadura del general Primo de Rivera. Tras la caída de éste, vuelve triunfalmente a España. Fue diputado durante la República y manifestó una actitud cambiante ante el levantamiento militar del 36. Pero su postura definitiva ante las fuerzas de Franco (con su famosa frase «Venceréis pero no convenceréis»), le valió ser destituido y confinado en su domicilio, donde murió repentinamente el último día de 1936.

- Tras estos datos escuetos, hay una **personalidad fortísima y desgarrada**, y una vida de intensa actividad intelectual, de incesante lucha. Unamuno se definió a sí mismo como «un hombre de contradicción y de pelea [...]; uno que dice una cosa con el corazón y la contraria con la cabeza, y que hace de esta lucha su vida». Vivió, ante todo, en perpetua lucha consigo mismo, sin encontrar nunca la paz («la paz es mentira», dijo en más de una ocasión). Y en lucha también con los demás, contra la «trivialidad» de su tiempo, en un tremendo esfuerzo por sacudir las conciencias, por inquietarlas, por sacarlas de cualquier rutina (aunque también pudo adoptar una actitud opuesta —siempre la contradicción—, como nos mostrará *San Manuel Bueno, mártir*).

- Su **evolución ideológica** —de la que ya anticipamos algo— merece ser precisada. Tras varias crisis juveniles (1881, 1890), perdió la fe. En 1892 manifiesta ideas socialistas y estará afiliado al PSOE de 1894 a 1897. Pero ya en 1895 expresa algunas reservas significativas: «Sueño —escribe a Clarín— con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa, cuando se marchite el dogmatismo marxiano.» Una nueva crisis, en 1897, lo hunde en el problema de la muerte y de la nada. Abandona entonces su militancia política y, cada vez más, volverá los ojos hacia los problemas existenciales y espirituales, aunque sin dejar nunca su preocupación por España. De 1897 son estas palabras suyas:

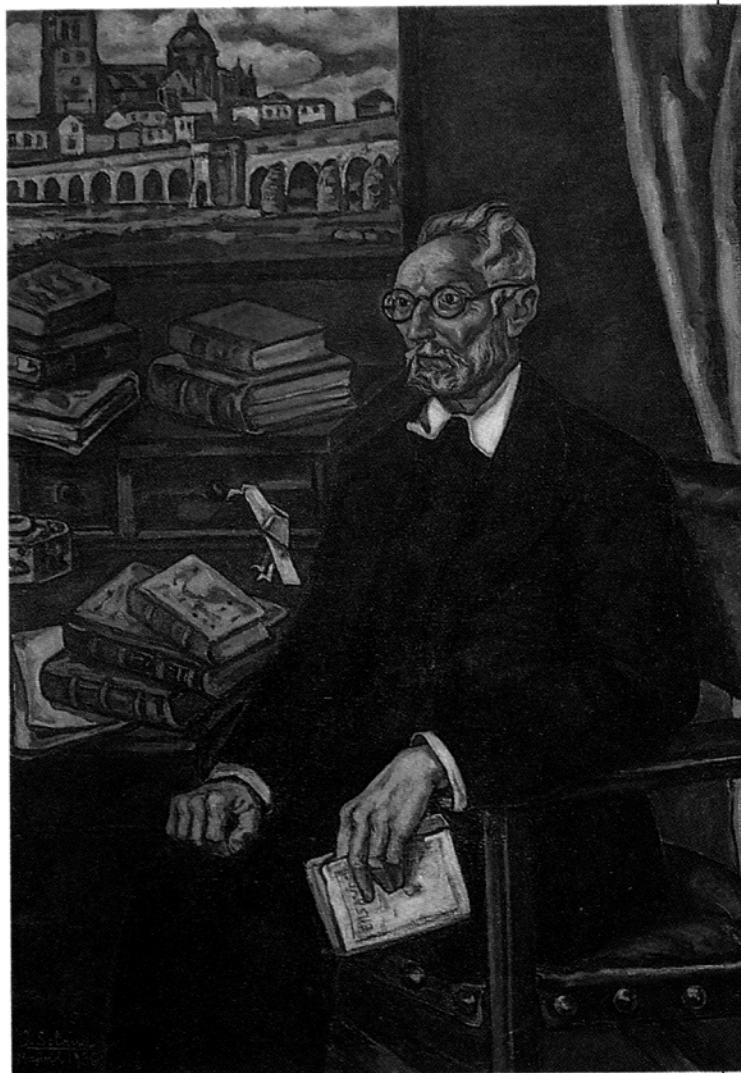
«Del seno mismo del problema social resuelto (¿se resolverá alguna vez?), surgirá el religioso: *la vida ¿merece la pena ser vivida?*»

De su permanente debatirse entre la fe y la incredulidad, de su «agonía» y su angustia nos habla toda su obra y, de modo particular, la novela cuyo estudio se propone.

LA OBRA. LOS GRANDES TEMAS

Como es sabido, cultivó Unamuno todos los géneros. Y todos ellos están recorridos por sus **dos grandes ejes temáticos**: *el problema de España y el*

Miguel de Unamuno de Gutiérrez Solana. *El mundo angustiado del filósofo se enmarca en el horizonte salmantino.*



sentido de la vida humana. De lo primero, se hablará en el CAPÍTULO 4a. En éste nos corresponde ocuparnos de su tratamiento de los conflictos religiosos y existenciales. Lo veremos, ante todo, en su producción ensayística; luego, con breves referencias a su poesía y a su teatro, nos centraremos en su narrativa, para desembocar en el estudio de *San Manuel Bueno, mártir*.

PENSAMIENTO Y SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN UNAMUNO

El pensamiento «existencial» cobra en Unamuno acentos muy personales, dentro de su generación, a la vez que lo sitúa en la primera línea de la filosofía española contemporánea. Pero advirtamos, ante todo, que Unamuno no es un pensador sistemático: sus reflexiones —con sus vaivenes y sus contradicciones— se esparcen en ensayos, poemas, novelas o dramas. Tal dispersión corresponde, sin duda, a su orientación filosófica: su pensamiento está en la línea de un vitalismo influido sobre todo por Kierkegaard; es un «pensamiento vivo», frente a lo que él llamó la «ideocracia» racionalista. Refirámonos a sus grandes ensayos.

• El libro *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) contiene algunas de las formulaciones más intensas de tal pensamiento. Arranca —significativamente— de la realidad del «hombre de carne y hueso» y de sus anhelos. Ante todo, las ansias contradictorias de *serse* y de *serlo todo*: es decir, entre escoger en una sola dirección la propia personalidad y ahondar en ella o volcarse hacia todas las posibilidades, hacia Todo (o el Todo). Es el anhelo de «ser cada uno lo que es, siendo a la vez todo lo que es», pretensión que él llama «la divinización de todo» (y que anticipa curiosamente aquella «pasión inútil» de Sartre que era el deseo de «ser Dios»). Sobre este punto, es elocuente el texto IV que figura entre los DOCUMENTOS de la lección anterior.

A esas ansias de plenitud se opone la amenaza de *la Nada*: el posible «anonadamiento» tras la muerte. Y surge entonces la **angustia**, como un despertar a la condición trágica del hombre.

La **inmortalidad**, en efecto, es la gran cuestión de que depende el sentido de nuestra existencia: «Si el alma no es inmortal —dice—, nada vale nada, ni hay esfuerzo que merezca la pena.» Tal es su «idea fija, monomaniaca», como dirá en el prólogo a *Niebla*.

De ahí su «hambre de Dios», que es la necesidad de un Dios «garantizador de nuestra inmortalidad personal». Pero *la razón*, por un lado, le niega la esperanza; aunque, por otro, *su corazón* se la imponga desesperadamente. Tales son los anhelos y los conflictos que le arrancan gritos tan angustiosos como los que contiene el texto citado: «¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser...! [...] ¡Ser siempre! ¡Ser Dios!»

• Años más tarde escribe Unamuno *La agonía del Cristianismo* (1925). La palabra *agonía* está tomada aquí en su sentido etimológico de «lucha». El libro —dice al autor— trata de «mi agonía, mi lucha por el Cristianismo, la agonía del Cristianismo en mí, su muerte y su resurrección en cada momento de mi vida íntima». Tras estas palabras está su personal Cristianismo, vecino al protestantismo, presidido por su apasionado amor hacia Cristo y por su «querer creer».

• Estas preocupaciones estarán presentes en muchos de sus cientos de **ensayos** y **artículos** (véase los fragmentos de su artículo «La vida es sueño», recogido al final del CAP. 4a).

• Los mismos temas nutren buena parte de su extensa **obra poética**, que constituye una biografía de su espíritu, con sus anhelos y sus tormentas. Así desde las *Poesías* de 1907 hasta el *Cancionero* póstumo, pasando por *El Cristo de Velázquez* (1920), en donde vuelca su pasión por Jesús. Su vigoroso temperamento explica el ritmo áspero de su lírica y su índole irreductible a cualquier moda del momento, por lo que no sería apreciada hasta años más tarde.

• También le atrajo el **teatro**, por las posibilidades que le ofrecía de una presentación directa de los conflictos íntimos. Es lo que intentó, con limitado acierto, en obras como *Fedra*, *Sombras de sueño*, *El otro*, etc.

Pero pasemos ya a su obra narrativa.

NOVELAS Y «NIVOLAS»

Como es sabido, figura Unamuno entre los más decididos renovadores de la novela a principios de siglo, y ello sobre todo por su propósito de hacer de ella —precisamente— un cauce adecuado para la expresión de los conflictos existenciales.

• Comenzó, sin embargo, por una novela histórica —o «intrahistórica»— sobre la última guerra carlista: *Paz en la guerra* (1897). Es una obra espléndida, de amplias dimensiones, que requirió más de doce años de preparación. Por ello decía Unamuno que era tarea de «**novelista ovíparo**» (el que «incuba» largamente su creación).



Fotograma de una versión cinematográfica de *La Tía Tula*. En la imagen Aurora Bautista y Carlos Estrada.

• Pero pronto pasó a ser un «novelista *vivípara*», es decir, de parto rápido, que escribe «a lo que salga», cuyas novelas se van haciendo al escribirlas, aunque partiendo, por supuesto, de una idea central.

Su primera novela de esa línea es *Amor y pedagogía* (1902), a cuya significación y novedad ya hemos aludido. Es ya una «novela de ideas». Nos presenta en ella a don Avito Carrascal, quien, partiendo de bases racionalistas y positivistas, se propone educar «científicamente» a su hijo Apolodoro, para hacer de él un genio. Pero tal «experimento» producirá una criatura desgraciada, angustiada, que acabará suicidándose. La lección —muy característica del vitalismo unamuniano— es que la vida se resiste a dejarse encorsetar por las teorías racionales.

• Las novedades formales de la obra hicieron decir a ciertos críticos que aquello no era propiamente una novela. Por ello, con actitud desafiante, Unamuno subtitularía *nivola* a su siguiente obra narrativa: *Niebla* (1914), sin duda, su obra maestra en el género. Es famoso (está en nuestro manual de 2.º curso) el pasaje en que Agustín, el «ente de ficción», se enfrenta con el propio autor, que había previsto su muerte, para gritarle: «¡Quiero vivir, quiero ser yo!» (y poniendo en duda, luego, la «realidad» del propio Unamuno).

• Desde entonces, los protagonistas unamunianos son exactamente «*agonistas*», esto es, hombres que luchan anhelosos de «serse», que se debaten contra la muerte y la disolución de su personalidad. Junto a ello, habrá otros dramas, otros conflictos. Así, *Abel Sánchez* (1917) habla de la envidia, del odio, del «cainismo». *La tía Tula* (1921) gira en torno al sentimiento de maternidad, uno de los anhelos esenciales para el autor. Escribió, además, cuentos y novelas cortas, como *Tres novelas ejemplares* (1920) y la que estudiaremos en especial.

• En cuanto a las novedades técnicas de sus novelas (o «*nivolas*»), sólo destacaremos de momento lo siguiente: la *soltura constructiva*, propia de esa creación «vivípara»; la *parquedad descriptiva* (el relato se centra en las almas); y la importancia que adquieren los *diálogos* (y ciertos *monólogos* que Unamuno llamaba «autodiálogos») por los que fluyen los más dramáticos debates.

EL ESTILO DE UNAMUNO

Pocos estilos son tan plenamente «el hombre» como el de Unamuno. Su expresión refleja los rasgos que hemos señalado en su personalidad. Es una lengua de luchador intelectual: vehemente,

incitante. Un estilo despegado de viejas retóricas, aunque con su «retórica» personal. Quiere Unamuno un estilo desnudo, frente a los estilistas que lo visten de galas (y a quienes llama «sastres de la literatura»).

Busca la densidad de ideas, la intensidad emotiva o la exactitud plástica; no la elegancia. De ahí su permanente lucha con el idioma, para plegarlo a su pensamiento, hasta conseguir —como él decía— «una lengua seca, precisa, rápida, sin tejido conjuntivo..., caliente».

Sus contradicciones internas se reflejan —como veremos— en su gusto para las paradojas y por las antítesis. Su horror a la rutina le lleva a dar nuevos sentidos a las palabras o a revitalizar los primitivos (como en el caso de *agonía*), apoyándose en sus conocimientos de filólogo («Filosofía es filología», dijo). En fin, es Unamuno —junto a Azorín— un buen exponente de aquel rasgo típico que era la búsqueda de palabras rústicas y terruñeras, que en él llegan a ser aptas para la expresión de las más graves ideas.